

Discurso del Presidente de la República César Gaviria Trujillo ante la ONU*

Antes de iniciar mis palabras frente a esta Asamblea quiero, en nombre de un pueblo que ha soportado la más cobarde e inhumana violencia, invitarlos a que hagamos un esfuerzo más, a que busquemos una nueva fórmula, a que agotemos todos los recursos de la tolerancia, la inteligencia, la razón y la sabiduría humana, para encontrar caminos de paz en el Golfo Pérsico. Debemos rescatar del riesgo de la muerte y de la desolación a cientos de miles de seres humanos.

Si al final la insensatez lleva al uso de la fuerza, que ello sea por la intransigencia de los violentos, y no por la falta de voluntad o generosidad de quienes creemos que la única victoria y el único imperio que valen la pena, son la victoria de la vida y el imperio de la paz.

Señor Presidente, señores delegados:

Permítame expresarle mis más sinceras felicitaciones por su elección como Presidente de esta Asamblea. Su país tradicionalmente, a pesar de su reducido tamaño, ha jugado un papel protagónico en sus discusiones. Así mismo, permítame expresarle nuestros agradecimientos al Presidente Garba por su magnífico desempeño.

Quiero también rendirle hoy un homenaje al Secretario General, Javier Pérez de Cuéllar, distinguido latinoamericano, por la gestión afortunada que ha realizado en el seno de esta Organización.

Colombia saluda a Lichtenstein y nuevo Yemen, que por primera vez se sientan como miembros plenos de esta organización.

Cada vez que un mandatario colombiano se dirige a las Naciones Unidas, empieza leyendo una larga lista de importantes funcionarios, jóvenes dirigentes, magistrados

* Discurso pronunciado ante la XLV. Asamblea General de Naciones Unidas, tomado del periódico **El Tiempo**, 28 de septiembre de 1990, pp. 5A y 8A.

y jueces, soldados y policías que han perdido la vida a manos de las organizaciones criminales del narcotráfico, para luego invocar la acción conjunta de las naciones en contra de las drogas, de manera solidaria con Colombia, sin duda la nación que ha pagado el más alto precio en esta lucha.

Yo no voy a leer esa lista, que ha crecido tanto desde que Virgilio Barco se dirigiera a esta Asamblea hace poco menos de un año, pero sí quiero decirle al mundo que hoy esa lista es aún más larga y cruenta y que tendremos que vivir aún otros días difíciles.

Sólo durante la pasada campaña electoral, los narcoterroristas asesinaron a tres candidatos presidenciales, entre quienes se cuentan Luís Carlos Galán, mi amigo y el candidato a quien yo acompañaba.

Eso es lo que respecta a nuestros líderes.

Pero la población civil, los colombianos corrientes, han pagado también un precio muy grande.

Los narcoterroristas colocaron docenas de carros bombas en las calles de nuestras ciudades. En la fecha en que los colombianos celebramos ingenuamente el Día de la Madre, estallaron carros llenos de dinamita frente a centros comerciales atestados de niños. Muchos de ellos perdieron la vida. Un avión comercial estalló sobre Bogotá, luego de que narcoterroristas colocaran una bomba de alto poder bajo uno de los asientos. Un edificio entero, donde se encontraban las dependencias de nuestro Servicio de Inteligencia, fue destruido por una tonelada de dinamita. Los terroristas pagaron por la muerte de cada policía poco menos de cuatro mil dólares. Cerca de trescientos policías cayeron víctimas de las balas de los asesinos a sueldo.

Fue así como los colombianos acabamos por comprender que nuestros lutos serían más frecuentes que los lutos de los demás.

En el mundo de hoy, hablar ante la Asamblea de las Naciones Unidas constituye un hito de significación en la vida de cualquier hombre público, una oportunidad espléndida de expresión y difusión para dirigirse a todos los pueblos del mundo.

El compromiso con la audiencia y con el lugar exige, a mi modo de ver, decir algo útil y sensato que agregue, o al menos afiance, las experiencias de esta Asamblea, dotada por sus creadores de la asombrosa cualidad de tener representados en ella todos los pueblos, todas las culturas, todas las religiones que circunscriben y orientan la epopeya humana.

Tal vez para decir algo de valor sea útil recordar las palabras de William Faulkner:

"Uno debe enseñarse a sí mismo que nada es más oprobioso que tener miedo".

Señor Presidente:

No somos un país poderoso.

No somos un país rico.

Nuestra riqueza y nuestro poder radican en que preservamos con firme tenacidad nuestra democracia en el ámbito interno y en que adherimos a la Carta de las Naciones Unidas. La fidelidad a esos valores fundamentales son nuestra fortaleza.

El optimismo que siembra el incontenible avance de la democracia y de la libertad no debe encegernos sobre los problemas que afectan la estabilidad mundial.

Al languidecer el conflicto Este-Oeste, que por más de cuarenta años gravitó como un fantasma de guerra, se vuelve evidente que la paz ya no solo depende de evitar el aniquilamiento nuclear de la humanidad. Hoy los conflictos y las amenazas que se ciernen sobre la comunidad mundial son de otro orden, pero no menos peligrosos que el armamentismo o la superada beligerancia entre las superpotencias.

Las palabras del Secretario General, en su Memoria a la Asamblea, ciertamente nos señalan el camino correcto: "La Carta de las Naciones Unidas rige las relaciones entre Estados. La Declaración Universal de Derechos Humanos rige las relaciones entre el Estado y el individuo. Ha llegado el momento de pensar en un instrumento que rijan las relaciones entre la humanidad y la naturaleza".

Colombia se caracteriza por poseer uno de los grados de diversidad biológica más significativos del mundo. En nuestro país existe una riqueza a nivel mundial en cuanto a la presencia y variedad de especies vegetales y animales. Ese patrimonio lo entendemos como propio pero también como de toda la humanidad. Por ello, en la Orinoquia y la Amazonia hemos protegido un área que es superior en tamaño a la Gran Bretaña.

Pero la responsabilidad y el costo de la conservación del entorno ambiental de la humanidad no puede recaer exclusivamente en aquellos países en desarrollo que aún tenemos el privilegio de contar con importantes reservas de bosques y tierras vírgenes. No puede admitirse que aquellas naciones industrializadas, que devastaron y siguen deteriorando los recursos naturales en el marco de un desarrollo sin control, pretendan ahora eludir las responsabilidades que les corresponden. El mundo

industrializado tiene una "deuda ecológica" con la humanidad.

Surge en el horizonte la peligrosa amenaza de una "condicionalidad ecológica" para el mundo no desarrollado, impuesta precisamente por aquellos países que son los principales responsables de la degradación del medio ambiente mundial. Si no se actúa prontamente para encontrar mecanismos de cooperación más eficaces, dentro de un marco de carácter multilateral, el tema del medio ambiente se convertirá en un nuevo factor de conflicto entre el Norte y el Sur.

Por ello Colombia va a participar, activamente, en la preparación de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y Desarrollo, que se realizará en Brasil en 1992.

Hay otras amenazas a la paz y la estabilidad, particularmente para los países en desarrollo. Me refiero al armamentismo convencional y al tráfico ilegal de armas. Colombia ha insistido reiteradamente en este tema porque hemos vivido en carne propia el dolor y la muerte que siembra este último fenómeno. Esperamos que la Asamblea del año entrante apruebe las recomendaciones del grupo de expertos creado a solicitud de mi país, y que se encuentra laborando sobre este tema.

No podemos tampoco pasar por alto el significativo desbalance planteado en las deliberaciones de la Ronda Uruguay del GATT. Mientras se espera que los países en vía de desarrollo concedan la liberación del comercio de servicios, telecomunicaciones y tecnologías de punta, al mismo tiempo los avances para alcanzar una real apertura de los mercados para bienes agropecuarios en las naciones industrializadas son escasos y poco significativos. Ese desequilibrio puede poner en peligro la continuidad del proceso de negociaciones comerciales multilaterales.

Estoy seguro de que con motivo de la Cumbre de los Niños, que reúne a tantos mandatarios y con la firma de su declaración final, le estamos dando un gran impulso político a la acción por los niños y los jóvenes del mundo. Me acompaña mi hijo de nueve años en esta importante ocasión, para que sea testigo ante su generación de los compromisos que como países y gobiernos estamos adquiriendo.

El conflicto en el Golfo Pérsico es la mayor amenaza de los últimos tiempos para la paz mundial. Pero al mismo tiempo nos ofrece, paradójicamente, una oportunidad para profundizar el clima de distensión mundial. Si el mundo es capaz de enfrentar como un todo las acciones bélicas y las violaciones al derecho internacional y a los derechos humanos por parte de cualquier

nación agresora, actuando bajo un mandato multilateral y conjunto, se habrá creado un precedente de cooperación que se convertirá en un factor de estabilidad.

Nuestras relaciones con la comunidad de naciones se guían permanentemente por los principios que garantizan la convivencia civilizada entre los países. La defensa y el respeto al derecho internacional, la igualdad jurídica de los Estados, la solución pacífica de las controversias, el respeto al pluralismo, el rechazo al uso de la fuerza y, ante todo, la no intervención y la libre autodeterminación de los pueblos, son los principios que orientan nuestra política internacional. De ello se deriva un mandato activo que determina nuestras actuaciones en el Consejo de Seguridad y los organismos multilaterales, como clara expresión de estas convicciones.

No creemos que sea posible construir la paz sin pluralismo, sin tolerancia hacia las ideas ajenas. Así lo entendimos en Colombia y por eso hoy se sienta en el Consejo de Ministros de mi país el señor Antonio Navarro Wolf, quien hace menos de seis meses empuñaba las armas como miembro de la guerrilla M-19. El, como los cientos de miembros que conformaban ese desmovilizado grupo insurgente, ha encontrado un clima en el cual ha sido posible dejar las armas sin tener que renunciar a sus ideales. La seriedad de su compromiso le mereció un generoso respaldo electoral.

Debo recordar que la violencia ha llamado, en los últimos tiempos, a las puertas de cada colombiano y ha puesto a prueba el carácter de la Nación. Pero lo que desconocían los violentos es que mi país se crece frente a la adversidad, que frente a la muerte y al dolor, la vida y la esperanza son más grandes: los colombianos respondieron a las balas y a las bombas con votos y llegaron a las urnas y se expresaron masivamente en favor de un país democrático y pacífico.

El narcotráfico es una amenaza a la paz, no tan tangible como los tanques o los aviones de combate, pero igualmente real y no menos devastadora, y se ha convertido en uno de los peores enemigos de la integridad social y de la estabilidad democrática. Tarde o temprano lograremos desterrar el narcoterrorismo, pero si el resto de la comunidad internacional no hace sacrificios equivalentes a los de Colombia, la humanidad nunca se verá libre del narcotráfico y sus nefastas consecuencias.

Una porción importante de los miles de millones de dólares, que los consumidores de drogas pagan a las mafias, terminan en manos de narcoterroristas que atentan contra la vida de mis compatriotas y contra nuestras instituciones. Pero nosotros hemos aprendido que al terrorismo se le hace frente sin concesiones, con reiteración de los principios. El narcotráfico es, hoy en día,

el mayor culpable de violación de los derechos humanos en aquellos países en los que actúa.

Si la comunidad de naciones ha sido capaz de activar la cooperación mundial para enfrentar la guerra y hacer valer el derecho internacional, si hemos podido en pocas semanas movilizar un gigantesco poderío militar de un extremo a otro del mundo, creo que estamos en mora de lograr resultados igualmente satisfactorios para enfrentar al narcotráfico.

Ninguna nación ha combatido al narcotráfico y a sus organizaciones criminales como Colombia y, ninguna como ella, ha alcanzado los éxitos que muestra mi país. En esta ya larga lucha, se ha logrado dar golpes certeros a las organizaciones de traficantes y a su estructura terrorista.

La mayor parte de la cocaína que ha sido capturada y destruida en el mundo lo ha sido por autoridades colombianas. Ello explica que, en el otro extremo de la cadena, los precios de la hoja de coca hayan caído por debajo de los costos de producción. Y explica, también, el significativo incremento de los precios de la droga en las calles de esta ciudad o en los barrios de Washington.

Mientras en el mundo desarrollado no disminuya la demanda por las drogas, habrá siempre más laboratorios y las mafias del narcotráfico serán cada vez más ricas, así las erradiquemos de Colombia y se hayan marchado hacia cualquier otro país. Ciertamente hay algunos signos alentadores. La acción que ha encabezado el presidente George Bush en contra del consumo de drogas en Estados Unidos, empieza a arrojar buenos resultados en los sectores de medios ingresos.

Pero siguiendo la inexorable lógica del mercado, el consumo de drogas crece hacia otros países y regiones, como se observa en Europa y partes del Asia. No queremos pensar en las consecuencias que tendría para Colombia y para la dinámica de este problema el que países de altos ingresos, como Japón o las naciones europeas, desarrollaran una demanda por drogas similar a la que se ha vivido en Norteamérica.

Estamos frente a una gran oportunidad. Si se aprovecha la baja en los precios de la hoja de coca para impulsar masivamente el desarrollo alternativo, y si la comunidad mundial se mueve rápidamente para tomar medidas de fondo para cercenar los otros eslabones de la cadena, como el lavado de dólares, las redes de distribución, el tráfico de insumos químicos y de armas, y el creciente consumo, es posible que estemos cerca de concebir una política capaz de poner fin a este fenómeno.

Colombia promueve iniciativas que buscan la acción internacional contra el lavado de dólares y el comercio de precursores químicos y respalda la convocatoria de conferencias de carácter mundial para tratar estos temas de vital importancia en la lucha contra el tráfico de drogas.

Pero la lucha contra el narcotráfico no puede ser responsabilidad de un solo país, y ni siquiera de unos cuantos. El fenómeno del tráfico de drogas se nutre de una red de actividades que se expande por todos los confines del planeta e involucra, de una manera u otra, a prácticamente todas las naciones.

Ninguna está libre de esa amenaza.

Mientras no se haya derrotado definitivamente a ese enemigo, en todas partes y sin excepción alguna, nadie podrá tener la seguridad de que sus hijos estarán a salvo del vicio o de la violencia que este genera.

Colombia considera de especial importancia la creación de una Jurisdicción Penal Internacional para el tema del narcotráfico. Por ello vemos con interés las discusiones en el seno de la Comisión Jurídica Internacional sobre este tema.

El narcotráfico es, entonces, una actividad que requiere un tratamiento multilateral. No basta que Estados Unidos, Perú, Bolivia y Colombia, países firmantes de la Declaración de Cartagena, se comprometan en esa lucha. Para que sea efectiva, se requiere que ese compromiso sea global. Qué mejor que las Naciones Unidas asuma un papel de liderazgo en esa batalla. Por ello respaldamos el esfuerzo de revisión que actualmente hace la Organización sobre el desempeño de sus organismos relacionados con el problema de las drogas.

Se necesita que en el seno de la ONU exista una única autoridad con suficiente capacidad para afrontar el problema. Esperamos jugar un papel protagónico en esa discusión y queremos participar activamente, cualquiera que sea el mecanismo institucional que finalmente se adopte.

Ante la reciente crisis del Golfo Pérsico, el Presidente Bush solicitó y obtuvo ayuda económica para equilibrar los costos de su esfuerzo y así ayudar a garantizar la vigencia de las decisiones de esta organización.

Colombia, que en términos proporcionales protagoniza un enfrentamiento con un enemigo más peligroso para la humanidad, ha recibido reiteradas expresiones de solidaridad pero han sido muy pocas las acciones verdaderamente efectivas. Mientras las naciones se solidarizan económicamente con los Estados Unidos para

compensar su esfuerzo, en el otro lado del mundo, mi pueblo, que ha sufrido las difíciles consecuencias económicas y sociales de la lucha contra ese otro enemigo de la humanidad, no ha recibido compensación alguna.

Es hora de que las iniciativas reiteradamente anunciadas se traduzcan en hechos reales. Estamos a la espera de que la Comunidad Económica Europea haga efectivas las ofertas políticas de colaboración con Colombia y las otras naciones andinas. Estamos pendientes de la presentación del régimen comercial preferencial para los países firmantes de la Declaración de Cartagena, conocida como la "Iniciativa Andina", y de su pronta aprobación por parte del Congreso de los Estados Unidos. Esperamos, también, alguna iniciativa por parte del Japón y de los países de la ASEAN en este tema.

Queremos que en el marco de la "Iniciativa de las Américas" se inicie un proceso especial y acelerado de negociaciones con aquellos países más perjudicados por su firme posición frente al narcotráfico. Nuestros militares, nuestros jueces y policías saben hacer su trabajo. Ellos han recibido una reducida ayuda específica. Agradecemos esa ayuda pero insistimos en que Colombia necesita solidaridad para con su pueblo, pues hemos soportado las cargas más duras en esta lucha.

Amigos de las Naciones Unidas:

Consideremos, por un momento, el papel que los principios juegan en los acontecimientos mundiales:

En el Golfo Pérsico, el principio de la no agresión ha identificado a los distintos países del mundo y consolida el poder del Consejo de Seguridad como organismo diseñado para imponer el Derecho Internacional.

En Europa Central y Europa del Este, donde las democracias ambulantes se enfrentaron a un pasado de opresión, el principio de la libertad y la democracia ha sido afianzado con acciones de vasta proyección histórica.

En Sudáfrica, las conversaciones del recientemente liberado Nelson Mándela con los dirigentes de su país, abren una ventana a la esperanza de que prevalecerá el

principio de la igualdad entre los hombres de todas las razas.

En Chile millones de ciudadanos dijeron no a la dictadura y se expresaron a favor de la democracia representativa.

En Nicaragua el régimen sandinista hizo honor a su compromiso electoral.

A todo lo ancho de la América Latina, el principio de la democracia resurge con nueva fuerza y nuevo vigor.

En Colombia las gentes tienen fe en el futuro y hacen del optimismo una razón más para seguir luchando por un país pacífico. Somos el país de la América Latina ' que mostró mayores índices de crecimiento en esta década. Y seguimos creciendo. Nuestros principios democráticos, la tolerancia, la libertad y el respeto a las ideas ajenas, se fortalecen a pesar de los embates de los violentos.

Hablamos de grandes conquistas, señores Delegados, que hace unos años parecían improbables. Vivimos un tiempo excitante, pues nuevos liderazgos, basados en viejos principios, florecen en el mundo.

En este gran escenario y en el ámbito de esta Asamblea descansa la responsabilidad de mantener esa flor viva, de cuidar sus frágiles sustentos, de protegerla a cualquier costo.

La lección que traigo a esta noble Asamblea como tributo de mi pueblo apunta hacia una máxima ambiciosa y confortante: que el coraje paga, que los colombianos están dispuestos a defender su derecho a vivir sin miedo, que los colombianos no entregarán jamás sus principios tutelares, que los colombianos, sin importar qué tan solos estemos en el mundo, seguimos defendiendo nuestros valores más sagrados frente a los violentos.

Lo aprendí en la frase de un campesino de mi país:

"Pueden, los violentos, destruir las flores más bellas del jardín, pero jamás podrán detener la primavera".